

Monika Anselment

Dejarse afectar

Desde hace algunos años colaboro con Simeón Saiz Ruíz en diferentes proyectos artísticos, así que cuando los organizadores de La Situación 2016 en Cuenca me propusieron participar en estas ponencias, vi la posibilidad de enfrentarme a un reto muy estimulante, más de carácter teórico y reflexivo, como es el hecho de repensar la situación del arte contemporáneo y los escenarios de futuro, desde mi propia experiencia como artista y gestora del arte. Considero que este tipo de foros son indispensables porque realmente permiten debatir, confrontar y ayudan a enriquecer y fortalecer los vínculos entre artistas y profesionales del sector. En los últimos años, hemos vivido un retroceso considerable en diferentes ámbitos de la cultura y quizás el artístico es el que ha sufrido con más profundidad este paso hacia atrás; por tanto propiciar lugares de encuentro y espacios de reflexión me pareció que era un modo de “lucha”, un acto necesario para trabajar en favor de la cultura crítica, es decir en desarrollo social y humanístico de la ciudadanía.

Soy artista visual y vivo entre Catalunya y Berlín, ciudad ésta última dónde, como muchos otros artistas, trabajo en una profesión no artística para ganarme la vida.

En mi intervención hablaré primero del contexto políticosocial que nos rige, para posteriormente adentrarme en la repercusión que ello tiene en nuestro entorno artístico y, así pasar a describir posteriormente dos modelos de creación y difusión del arte, que fuera del ámbito más institucional pretenden articular un discurso crítico y reflexivo sobre el estado actual del mundo.

Empezaré contextualizando mi intervención en una decisión política que tomó la cancillera alemana hace poco más de un año y que ha tenido repercusiones a nivel europeo. Me estoy refiriendo al verano 2015, cuando Angela Merkel no pudo soportar más las imágenes de miles de refugiados que se acumulaban a las puertas de Europa huyendo de la guerra de Siria y decidió abrir la frontera de Alemania. Fue un acto espontáneo. Según parece, no había consultado con ningún otro gobierno europeo ni con su propio partido ni sus colegas de coalición la decisión que tomó. El resultado de una acción impulsiva profundamente humana, se ha visto en el precio que ha pagado. Así lo demuestran los resultados de las últimas elecciones, que han revelado la caída en las urnas de su partido. Pocos de sus homólogos en Europa apoyan dicha acción. Asimismo, la población alemana está dividida en cuanto a este asunto. Si bien una parte de la sociedad muestra una inmensa solidaridad con los refugiados, otra parte los rechaza. El hecho real es que el pacto problemático con

Turquía ha llevado a la desaparición de las imágenes de los refugiados en los medios de comunicación. Evidentemente, en nada ha cambiado la situación y las personas amenazadas por la guerra continúan huyendo y muriendo.

El escenario actual en el que nos vemos inmersos es que la Unión Europea mantiene una moral de doble rasero, por un lado insiste en recordar a otros países la obligación de cumplir con los derechos humanos, mientras que por su parte los infringe de manera sistemática.

Paralelamente a estos hechos, no tenemos que olvidar que en estos años de recesión económica se ha repetido lo que pasa siempre y nuevamente hemos visto como la crisis de los mercados se ha convertido en una crisis social, de manera que el daño provocado por la depresión financiera sólo ha recaído en los más pobres. Nadie se sorprende ya de los titulares que alertan sobre el desequilibrio entre los que más tienen y los que menos. Efectivamente en los últimos tiempos este escenario se ha agudizado. De hecho, ningún gobierno ha elaborado un programa para mitigar o subsanar esta situación. Más bien lo que ha sucedido es que las diferentes estrategias adoptadas por los estados se han encaminado a favorecer los mercados financieros y salvar los bancos con el dinero del pueblo, reduciendo la inversión en el ámbito social y cultural. Así las cosas, se aprecia el viraje hacia ideologías populistas y de ultraderecha de la población y el rédito que están sacando de ello algunos partidos y dirigentes políticos. Sin duda el desamparo y desánimo que domina la escena actual son aprovechados por algunos para atizar los sentimientos más espurios de la ciudadanía.

A modo de ejemplo, me gustaría hacer referencia a una situación que viví que, por muy anecdótica que sea, refleja el desconcierto y desencanto en el que está sumida la población. En el mes de junio, estando en Málaga en un comercio, se fue formando una larga cola que crecía conforme iban entrando más personas. La paciente espera de los compradores desencadenó una conversación improvisada sobre la actualidad política y social del momento. Los motivos de discusión fueron los que últimamente centran la preocupación de los ciudadanos, es decir los recortes sociales, la corrupción, así como la arrogancia y prepotencia con la que actúan los políticos que nos gobiernan. La charla, que giraba en torno a un sentimiento unánime de resignación e injusticia, vino a concluir que, al fin y al cabo, era incomprensible el grado de acatamiento del pueblo a los dictados del poder. De algún modo, no se entendía que la ciudadanía no saliera a protestar cada día a la calle y acabara con sus gobernantes.

Como en cada crisis económica, en España, igual que sucede en otros países, la cultura y concretamente los centros de arte, los museos pequeños y medianos y otras instituciones culturales son las víctimas directas de los recortes. De alguna manera, se entiende que la cultura es algo de lo que se puede prescindir. Bajo este prisma, se reducen los presupuestos, que ya de por sí son inferiores a lo que sería deseable, se cambian directores que muestran su desacuerdo con las nuevas políticas culturales y, en resumen, el arte y todo lo que gira a su alrededor pasa a adoptar un carácter residual.

Después de la caída del muro, en Berlín sufrimos una crisis económica que afectó a todos los ámbitos. Desaparecido el modelo socialista de la República Democrática Alemana (RDA), el neoliberalismo se expandió, dejando de lado el apoyo a los sistemas más sociales. La crisis que sufrió la ciudad tuvo como origen dos causas distintas. Por una parte, Berlín, que desde la división de Alemania se había convertido en una isla dentro de la RDA y no podía vivir de sus propios recursos, sino que era totalmente dependiente de las subvenciones de la República Federal de Alemania. Cuando cayó el muro, lo primero que hizo el canciller Helmut Kohl fue cortar todas las subvenciones, y no de un modo gradual para que la ciudad pudiese adaptarse a la nueva situación, sino que se hizo de un día para otro, de modo que las deudas se acumularon rápidamente. Por otro lado, la otra causa de la crisis fue debida a la bancarrota de un banco, del cual el gobierno berlinés era fiador garante. Este banco había estafado a muchos clientes a través de inversiones inmobiliarias realizadas después de la caída del muro; como el estado de Berlín era el fiador, las deudas de la ciudad-país se multiplicaron. Desde entonces, se ha hecho popular el dicho de que Berlín es “pobre, pero sexy”. El gobierno incluyó en su estrategia de marketing el atractivo que tenía esta ciudad inacabada y en transición, que ofrecía precios moderados y muchos espacios para atraer a creadores de diferentes áreas. Paradójicamente, continuaron los recortes y los cierres de instituciones culturales, ya fueran bibliotecas, centros de arte, incluso teatros grandes.... Las instituciones municipales de los distritos berlineses fueron las mayormente afectadas. Berlín está dividida en doce distritos, cada uno de los cuales tiene alrededor de 300.000 habitantes. En 2012 el distrito de Pankow decidió cerrar todas sus instituciones culturales. La causa no se debió tan sólo a la imposibilidad de realizar actividades de modo regular sin inversión económica, sino que también supuso un desafío, una provocación, un grito de desaprobación a las políticas culturales vigentes. De hecho, este grito de protesta se extendió, de manera que los centros de arte municipales se asociaron, los artistas reclamaron su papel en el desarrollo cultural de la ciudad y finalmente el gobierno de Berlín cedió. Actualmente, los centros de arte municipales mantienen su subvención, lamentablemente mínima, pero se ha conseguido financiación estable para que

todos los centros municipales de la ciudad puedan pagar honorarios a los artistas berlineses que realizan exposiciones. Este hecho supone para mí un ejemplo de lucha que acaba bien.

Sin embargo, al margen de que se haya conseguido un avance en el aspecto económico, en cuanto a derechos salariales de los artistas, hay otros aspectos francamente preocupantes como es la uniformización de la cultura en Europa, tal como se viene también observando en otros ámbitos. Si los centros históricos de las ciudades se han convertido en macro centros comerciales, cuya homogenización ha dado lugar a espacios estandarizados, desprovistos de cualquier carácter identitario, en dónde se encuentran los mismos comercios, con los mismos escaparates, cuyo único objetivo es el consumo, no es menos cierto que el sector cultural ha seguido la misma estrategia. Efectivamente la mayoría de museos y centros organizan exposiciones siguiendo la estela marcada por una sociedad consumista, que entiende el arte como un producto más de consumo. El resultado de ello lo vemos en espacios de cultura convertidos en lugares de espectáculo para masas, donde prima más el número de visitantes que la calidad de los proyectos expositivos. La paradoja a la que se ven sujetos los directores de los museos, primando la realización de exposiciones mediáticas que, por una parte deben tener una resonancia relevante en los medios de comunicación y por otra han de arrastrar gran cantidad de público, da idea de la encrucijada en que vive el sector artístico. Efectivamente, cualquier director de una institución cultural para mantener abiertas sus puertas y no perder su puesto de trabajo, se ve obligado a diseñar exposiciones que cumplan los requisitos que he comentado anteriormente. El resultado de ello es la estandarización cultural, que ha comportado el que actualmente encontremos los mismos artistas reconocidos en todos los museos y centros de renombre internacional, de manera que al fin y al cabo lo que se ofrece al espectador es una mirada única y homogénea del arte, que conlleva la desaparición de discursos discrepantes y reflexivos.

Otro punto a tener en cuenta, en el que me interesaría incidir, es el hecho paradójico al que se ve sujeto el sector cultural, si bien por un lado se entiende que tiene un gran peso en el ámbito económico, a través del turismo, por otro la inversión en dicho sector es mínima o bien se invierte en proyectos de masas. Bajo esta óptica, las subvenciones y apoyos no buscan fortalecer la estructura base de la cultura, que es la que realmente puede desarrollar una cultura de calidad. Así las cosas, nos encontramos que los proyectos expositivos que se desvían del espectáculo de masas, ya sea por la complejidad de sus discursos o por ofrecer miradas críticas y disonantes, pasan a ser actos de resistencia. Optar por una actitud artísticamente reflexiva y crítica, no fácilmente digerible, conlleva un precio nada despreciable, que no sólo implica una mayor dificultad para obtener subvenciones o

encontrar espacios expositivos, sino que también comporta una cierta marginación y de alguna manera la precarización de todo el sector, ya se trate de una artista, un crítico de arte, un director o un comisario. De hecho, desde que en 2008 empezó la crisis, esta situación lejos de menguar se ha agudizado, de manera que algunos logros conseguidos anteriormente se han ido perdiendo a lo largo del camino. En el trayecto de estos años, en España hemos visto desaparecer centros de arte que habían sido el núcleo de la vida cultural de muchos municipios, arrastrando consigo toda una labor intelectual realizada por artistas, historiadores del arte, críticos y comisarios. La desaparición de dichos centros ha conllevado el silenciamiento de muchos proyectos, que rehuían mantenerse en un arte “puramente decorativo” e iban a contracorriente de las políticas culturales dictadas por las instituciones. Sin duda, el hecho de que paulatinamente se hayan ido cerrando centros expositivos ha contribuido a cronificar la precarización laboral de los profesionales. Si bien es cierto que la imposibilidad de encontrar espacios públicos de exposición ha obligado a los artistas a buscar alternativas, como la de abrir galerías y centros al margen de las instituciones. Este nuevo modelo permite desarrollar exposiciones enteras para ser expuestas en diferentes espacios. No obstante, aunque esta estrategia ofrece una gran libertad al artista, no hay que olvidar que dichos espacios también requieren recursos económicos y generan gastos sin dar lugar a ingresos.

Llegados a este punto, quisiera dar a conocer dos modelos distintos de cómo crear y exponer arte en tiempos de penuria.

En 2011, Simeón Saiz Ruiz presentó a la galería Fúcares una propuesta de exposición en Almagro. Este proyecto se desarrolló en un tipo de formato que posteriormente se reprodujo en otras exposiciones. Todas ellas tuvieron en común la forma de proceder y fueron de contenidos similares. En el primer proyecto *Tiempos de alegría*, Simeón Saiz invitó a diez artistas amigos a trabajar conjuntamente el tema de “la alegría en el otro” en un contexto politicosocial definido, como fue la primavera árabe de 2011 y las imágenes que se generaron en torno a los acontecimientos que se sucedieron en diferentes países con la caída de los regímenes dictatoriales. Los *mass media* reprodujeron abundantemente imágenes de alegría, risa, así como de la felicidad que provocaba el hecho de haber logrado derribar a los dictadores de Túnez y de Egipto. No se trataba sólo de la alegría en el otro, sino que también de algún modo era una alegría que repercutía en nosotros.

No hubo dinero ni para la producción, ni para el transporte; de manera que las obras se realizaron con materiales baratos, que pudieran ser fáciles de enviar y transportar. El modo en que se implicaron los artistas fue diverso. Así algunos sólo mandaron sus obras, mientras

que otros se involucraron más en la organización del evento. Evidentemente había un riesgo, dado que con tantos artistas y casuísticas diversas no se sabía a ciencia cierta si al final se podría articular una exposición coherente con obras tan heterogéneas. No obstante, trabajar un tema en común fue muy enriquecedor. Bajo mi punto de vista, la posibilidad de intercambiar ideas, modos de trabajar y cooperar con otros creadores fue una de las características más interesantes de esta exposición. Al final, nosotros mismos nos asombramos del éxito. Se presentaron proyectos muy diversos, que había que mostrar en un espacio muy reducido, así que decidimos colocar las obras entremezcladas. Ningun artista tenía sus obras colgadas juntas, las del resto tenían que disponerse por medio, antes de llegar a una nueva obra suya, semejante a la música dodecafónica, como decía Simeón Saiz Ruiz. Pese a la diversidad, se consiguió ofrecer una imagen de conjunto muy coherente, con un discurso muy bien tejido, de modo que incluso algún visitante llegó a comentar que no parecía una muestra colectiva sino más bien una individual. El éxito fue tal que pudimos mostrar la exposición en 2013 también en Berna.

Lo cierto es que pasada la primavera árabe los tiempos de alegría se habían transformado en tragedia, y muchos de nosotros queríamos continuar trabajando, pero esta vez incluyendo este nuevo aspecto.

En 2015, AICultura, una asociación cultural de Algeciras, nos ofreció su espacio para seguir desarrollando el proyecto bajo este nuevo prisma, que nombramos *Tiempos de desamparo*. Esta ciudad, situada entre la península ibérica, el estrecho de Gibraltar y la costa norte de África, era el lugar perfecto, teniendo en cuenta el enfoque que le queríamos dar a la exposición. En esta ocasión, teníamos la intención de invitar a más artistas, de modo que al final participaron veintiuno, principalmente europeos y árabes. Tuvimos el apoyo de AICultura en cuanto a la difusión y el transporte de las obras a sus países de origen. Obviamente, coordinar tantos artistas fue un proceso muy complejo, pero como contrapartida todos aportaron su visión sobre los acontecimientos y el resultado fue de gran heterogeneidad en cuanto a los medios y las reflexiones aportadas acerca del tema.

Esta manera de trabajar ofrece una libertad inmensa al artista. Seguramente el enfoque más interesante de dichas exposiciones reside en la voluntad de mostrar imágenes sobre unos acontecimientos determinados de un modo diferente a como lo hacen los *mass media*. Tomemos como ejemplo de ello *Tiempos de desamparo*, el eje vertebral de la exposición residió precisamente en no ofrecer más imágenes de dolor o de violencia, ni mostrar, tal y como lo estaban haciendo los medios de comunicación, gente muriendo de hambre, sed, cayendo bajo bombas o ahogándose en el Mediterráneo. Pretendíamos huir del discurso

visual articulado por los medios de comunicación y dar a conocer la dignidad, la solidaridad, la alegría dentro de una vida de angustia y de violencia.

Me gustaría subrayar que ambas exposiciones, acompañadas de sendos catálogos, se han hecho con un presupuesto ínfimo. A la vez, creo que es importante destacar que todo el esfuerzo invertido, no quedara circunscrito a las exposiciones ya realizadas, sino que ambas itineraran; de manera que en febrero del año que viene se presentarán en Madrid y, posteriormente, en julio en Austria.

Por otra parte, me gustaría hacer referencia, tal como he comentado anteriormente, a otro modo de hacer exposiciones en tiempos de penuria. En estos momentos, junto con la crítica de arte Magdala Perpinyà, estoy trabajando en una exposición que se ha de presentar en Berlín en 2017 y que tiene en común con los proyectos que he citado, la utilización de materiales pobres y baratos que, partiendo de una reflexión sobre la precariedad, pretende desarrollar una actitud crítica sobre la crisis social, política, económica y cultural de la sociedad contemporánea. En concreto, me refiero a la exposición *Estrategia de la precariedad* de Francesc Abad. Precisamente el título de la exposición responde a múltiples interpretaciones, no sólo a la crisis, sino también al modo en que esa crisis afecta a la cultura, otorgándole un valor subsidiario.

El proyecto gira al entorno de cuatro ejes principales de investigación estética: la recuperación histórica y crítica del pasado, la relectura constante del presente, el concepto de utopía en la actualidad y la reivindicación del papel de los artistas, como agentes antagonistas, que se mantienen al margen de los dictámenes economicistas del capital y las ideologías neoliberales que marcan el ritmo actual de la sociedad. Abad se muestra como un artista convencido de que es posible desarrollar una estrategia de la precariedad que pase a ser un modo de resistencia y confrontación con el rumbo imperante que rige el mundo. Sin duda, el peso que han tenido y tienen en su obra los filósofos alemanes Walter Benjamin y Ernst Bloch, tiene mucho que ver con su concepción del arte y por extensión con su modo de acercarse al estado actual de las cosas. Así, por ejemplo, pensar la historia y el concepto de “progreso” bajo el prisma del pensamiento benjamiano implica una ruptura con la concepción lineal y continua del paso del tiempo y el desarrollo social. Esta acepción deriva en una elaboración discursiva de la historia que va del presente al pasado y viceversa, buscando el diálogo entre diferentes momentos históricos, con el fin de crear una mirada polifónica, que a la vez incorpore voces que habían quedado al margen del discurso histórico oficial, al ser ignoradas y reprimidas. Se trata, en definitiva de mostrar la voz de los que Eduardo Galeano llamó “los nadie”.

Su reflexión incluye la propia situación como artista en un mundo que no valora el pensamiento crítico y que mantiene al arte relegado a un segundo término. Esta reflexión se puede ver en su obra *Las nóminas*, en la que muestra una copia de cada una de las nóminas que ha ido acumulando a lo largo de cuarenta años de trabajo como profesor. Nuevamente aflora el concepto de precariedad y la dificultad que tiene el artista de vivir de sus propios proyectos visuales. Sin embargo, a la vez también deviene un acto de resistencia. En un momento en que la productividad está estrechamente ligada a los réditos económicos, el artista reivindica la importancia de la supuesta “inutilidad” del arte y del creador como un sujeto “subalterno” capaz de reivindicar y generar un espacio de pensamiento y convivencia fuera del dominio de los dictámenes economicistas.

Para acabar, quisiera incidir en el marco que rige actualmente el creador visual y que, en definitiva, viene marcado por la precariedad a la que me he venido refiriendo a lo largo de mi conferencia. En efecto, dicha precariedad ha comportado una transformación del papel que juega el artista en el contexto audiovisual. Así, en los últimos tiempos hemos visto cómo el creador que adopta una actitud reflexiva y crítica y opta por una labor intelectual, también tiene que asumir otros roles como son la de comisario, gestor de sus obras, crítico, etc... Sin duda, este nuevo escenario ofrece grandes retos y abre nuevos horizontes a la creación, pero no es menos cierto que también pone de relieve la crisis que sufre el sector.

Agradezco mucho a Magdala Perpinyà a poner mi intervención en la Universidad de Castilla-La Mancha (UCLM) en una forma publicable.